



Mi vivencia personalista, o unos breves retazos autobiográficos en clave personalista

José Luis Cañas¹

¹ Universidad Complutense de Madrid. Vicepresidente de la Asociación Española de Personalismo y Secretario General de la Asociación Iberoamericana de Personalismo. Ver más en nuestro link de Autores.

Me escribe mi gran amiga argentina, Inés Riego, un bonito correo e-mail pidiéndome unas líneas para la Revista Persona (Testimonios) sobre mi trayectoria existencial, y uno, seguramente será la amistad verdadera o la intersubjetividad auténtica, no puede más que ponerse manos a la obra antes de que el tiempo presente, anestesia de urgencias, borre la quemadura del alma. Quemadura, en verdad, porque cuando la vida no se vive como autobiografía que contar y compartir con los demás corremos el riesgo de pasar por este mundo sin enterarnos de lo importante, tal vez derrochando o, peor, ocultando los talentos que nos han sido entregados.

Me dice también la profesora Inés, entre otras cosas, que le ha gustado mucho un artículo mío reciente, "La vivencia personalista de la religión en Gabriel Marcel, y la vivencia existencialista en Jean Paul Sartre" (en el libro colectivo ¿Quién es Dios? La percepción contemporánea de la religión, Monte Carmelo, Burgos, 2012, pp. 233- 247), pero lo cierto es que ella sí que es sal de la tierra y luz en el candelero de los confines del mundo, según ha dicho de Argentina nuestro flamante Papa, Francisco, nada más salir al balcón de San Pedro para saludar al mundo por primera vez.

Con todo, voy a intentarlo. Yo diría que llegué a la Filosofía por equivocación. Si todas las trayectorias vitales tienen ya de por sí un componente misterioso, mi caso quizá sea representativo porque a los 18 años empecé la carrera de Filosofía y Letras en la Universidad a Distancia (UNED), quijotada que nadie de mi entorno entendió (ni familia, ni amigos, quizá ni yo mismo) porque ya por aquel entonces yo era funcionario del Estado español y, como tal, debí de estudiar Derecho o Eco-

nómicas, digo yo. Ciertamente tuve que 'salvar' mi circunstancia para salvarme a mí mismo, que diría Ortega, y como la Universidad Autónoma de Madrid, mi distrito universitario obligatorio, por entonces no era compatible con mi trabajo salió al paso de mi vida la UNED, Universidad recién creada en España, hasta que pude trasladar mi expediente a la Universidad Complutense después de tres cursos.

Tampoco interrumpí los estudios durante el servicio militar (1976-1977), voluntario en Aviación, y recuerdo ahora la simpática anécdota de que alguno de mis compañeros me puso el sobrenombre de "Balmes" porque por aquel tiempo yo andaba enfrascado leyendo El criterio. Ejército, filosofía, política, religión..., vivencias personales inolvidables, apasionadas discusiones vitales con los compañeros de milicia y con los amigos auténticos de la juventud. Nada de expediente brillante, nada de becas en el extranjero, nada de vacaciones académicas,... pero ¡con nómina mensual y cotización a la Seguridad Social desde los 15 años! En suma, si no "caballero andante" al menos yo diría "caballero en coche" pues los estudiantes trabajadores de entonces nos distinguíamos del resto de compañeros por tener coche. No siempre "pobre y desnuda va la Filosofía...", como había dicho Petrarca.

Con estas 'armas' completé dos licenciaturas y un doctorado en la Universidad Complutense de Madrid. Si la Filosofía fue mi vocación, la Pedagogía fue mi pasión. En la Facultad de Filosofía encontré maestros como Don Ángel González Álvarez, prohombre a quien ya conocía desde mis conversaciones con él en la Fundación Universitaria Española (Alcalá, 93); a Don Roberto Saumels, catedrático de Filosofía de la Naturaleza, magnífico profesor; a Don Rafael

Calvo Serer, polémico director del diario El Madrid, que me dio "Filosofía Española" y a pesar de leerme entera la Historia de los heterodoxos españoles, de Menéndez Pelayo, sólo me puso notable; y sobre todo a Don Alfonso López Quintás, a quien considero mi maestro más destacado, mi director de tesis doctoral, excelente filósofo personalista. Y en la Facultad de Educación recuerdo especialmente a Don Álvaro Buj, quien me dio Pedagogía Social, un hombre sabio y bueno que murió pocos años después antes de su jubilación; a Don Domingo Gallego, de Tecnología Educativa, magnífico profesor por entonces y amigo entrañable después... Aprovecho ahora para testimoniar a todos mi más sentido reconocimiento de gratitud.

En medio de estos claustros apareció el amor de mi vida, Teresa, mi mujer y compañera, y asesora literaria y... Nos casamos en 1985, y después llegaron cuatro hijos maravillosos: Bernardo, Joaquín, José María, y Teresa, nuestras "saetas en manos de un guerrero", como dice la Biblia. Vida familiar normal, seno insondable de referencia donde el ser humano aspira a descansar siempre, imagen de la paz y la felicidad eterna que nos aguarda a la Humanidad, sin ella mi vida no sería mi vida. Empezando, naturalmente, por mis amados padres, Pilar y Ángel, en la familia que me vio nacer y donde fui feliz con otros tres hermanos.

Por último, vida profesional intensa: profesor de pedagogía en la UNED, profesor de filosofía en la Universidad Complutense, visitante en universidades de Europa, América y Asia, escritor, conferenciante..., pero sobre todo amigo de gentes desestructuradas en la vida por las adicciones. La siguiente anécdota personal sitúa bien el testimonio que me pide ahora mi amiga Inés. Me sucedió en la Ciudad de Guatemala hace unos tres años, invitado por el Instituto Universitario de Ciencias de la Familia de la Universidad Galileo, cuando presentaba la segunda edición de mi libro Antropología de las adicciones (edición en Guatemala, 2009) y al finalizar el acto firmaba dedicatorias. Entre una larga fila de personas le tocó el turno a una mujer de cierta edad y presencia humilde, quien al llegar a mí, mostrándome un ejemplar desgastado por su uso, me dijo emocionada: "gracias a este libro 'De las drogas a la esperanza' mi hijo drogadicto ha podido abandonar las adicciones y recobrar la ilusión de vivir", y me pidió una dedicatoria. Naturalmente, junto con un abrazo, estampé en su 'pequeño tesoro' una dedicatoria especial. Después no supe más de esta señora, y posiblemente nunca sabré cómo llegaría a sus manos aquel ejemplar (editado en España en 1996), pero ahora no puedo dejar de dar las gracias a la Asociación Proyecto Hombre de Málaga (España) y a su primer Director, P. Benito Gil, porque gracias a él hace ahora casi dos décadas yo pude conocer y convivir con personas maravillosas que me enseñaron todo lo que escribí en

esos libros, y porque gracias a él emprendí esta apasionante aventura del espíritu, quijotada que seguimos manteniendo viva contra viento y marea.

De las drogas a la esperanza y Antropología de las adicciones, en efecto, dos libros que pretenden sustituir el modelo de Comunidad Terapéutica Rehabilitadora por un modelo de cura personalista que vengo denominando Comunidad Terapéutica Rehumanizadora. En ellos no sólo reviso el plano teórico de las distintas psicoterapias, sino y sobre todo busco fundamentar el perfil del terapeuta rehumanizador, de los profesionales, de las familias y voluntarios implicados a diario, codo con codo, con las personas más desestructuradas de la sociedad. Quieren ser, en suma, una aportación teórica y práctica al discurso de las Ciencias Humanas para la superación no sólo del fenómeno adictivo sino de toda patología asociada al sinsentido de la vida, es decir un auténtico proyecto de vida para las personas más heridas de la sociedad.

En medio de estas vivencias y experiencia íntimas se sitúa mi trayectoria profesional y académica. Al comienzo de nuestro tercer milenio de la Historia, el autor personalista Juan Manuel Burgos me propuso, junto con otros profesores y amigos personalistas, fundar la Asociación Española de Personalismo. Después, más recientemente, en 2011, también la Asociación Iberoamericana de Personalismo. Y aquí nos desempeñamos, contra viento y marea, en la actualidad. Para mí el personalismo, la filosofía personalista, ha sido, es, y espero siga siendo en el futuro, el universo de las personas que Dios ha puesto, pone y pondrá en mi camino.

Quisiera terminar testimoniando que hay esperanza. Que los jóvenes pueden soñar con un mañana mejor, que pueden dejar un mundo mejor a como se lo han encontrado, que la familia, la escuela, la academia, la cultura,... deben saber que hay salida de verdad a todo tipo de esclavitudes, y que, en definitiva, la Humanidad puede ser dueña de su porvenir si empieza de verdad a mirar al Cielo.

